

Editorial

La ciencia económica no puede ser concebida al margen de la sociedad, la política, y en general de la cultura, y aún menos se le puede considerar como el eje definitivo y hegemónico, justamente porque es parte integrante de ese todo, como lo discuten y analizan varios de los autores que colaboran en la edición número 21 de www.olafinanciera.unam.mx. Esa visión autárquica del determinismo económico ha tenido graves consecuencias para las sociedades, sean desarrolladas o no, y en beneficio de los grupos de poder económico y político. Una visión alternativa a esa, es decir, un discurso económico que contemple las demás ciencias sociales y humanistas, debe mantener convergencia con principios fundamentales y trascendentales de la vida social, como lo es la democracia.

La crisis en curso, en gran medida resultado del agotamiento, implosión y explosión de los sistemas monetarios no regulados, ha impuesto una serie de políticas públicas que convergen en una de las recetas más dañinas para el desempeño de la vida en sociedad, como lo es la austeridad. Esta política destruye, quizá aún más que la misma crisis, las condiciones de recuperación económica mínimamente sanas de largo plazo y promueve la exclusión. Ya que uno de sus resultados incuestionables es la mayor concentración de la riqueza y el ingreso con condiciones desfavorables de manera integral para el trabajo y la sociedad en general. Lo que acentúa aún más el déficit democrático no solo en los países no desarrollados, sino aún en los desarrollados, como se ha constatado en el curso de la crisis actual.

En ese contexto se evidencia la actualidad de autores como K. Polanyi y M.Kalecki, que ya desde hace algunos años han analizado y reivindicado la importancia de generar un discurso económico para una existencia social incluyente, plena, sin la cual, la vida democrática se extingue, como se ha puesto de manifiesto en los países de la Unión Europea, en donde los gobiernos, presionados y en complicidad con los “capitanes del poder financiero”, imponen

políticas públicas aún mas represivas, ampliando el círculo de la austeridad antidemocrática que deteriora las condiciones laborales y salariales como la libertad.

Ante esa situación se reivindica que la acción de los Estados y gobiernos se encamine a garantizar la regulación de la economía, sin que ello suponga acciones autoritarias. Debe evitar ser un cliente sumiso de las redes del capital privado y no someterse a las “leyes del mercado”; al mismo tiempo debe promover la investigación e innovación para el bienestar de la sociedad en su conjunto, como se desprende de algunas de las colaboraciones de la presente entrega. Igualmente debe promover la construcción de mecanismos de pleno empleo para fortalecer la economía y sobre todo la democracia. De tal manera que se puedan evitar los excesos del capitalismo sin regulación, sin caer en principios totalitarios, ambos extremos, como se ha visto son nocivos para las sociedades en su conjunto.